

ESPAÑA.

Ninguna ocasión más oportuna para hablar del Emperador Guillermo, que esta donde la sencillez de su carácter y la mansedumbre de su temperamento, acaban de conjurar la tempestad que estaba rugiendo sobre Europa. La guerra con España, inminente ya, se ha evitado, gracias a la cordura de ese viejo omnipotente. A los grandes no les perjudican las obras de la modestia: donde se ve que el miedo no tiene que hacer, la moderación es virtud que glorifica a los poderosos. Ese estado del ánimo que contempla sereno los peligros y los sucesos del mundo, es el que más conviene a los que gobiernan las naciones. La serenidad contra la perturbación, la paciencia contra la cólera, la pausa contra la violencia, tienen casi siempre ganada la batalla; pues los hombres suelen aumentar su fuerza con las virtudes del espíritu, que es el gran regulador de los acontecimientos humanos. El porte de Alemania, en el presente caso, es digno de alabanza; así es que imperios y repúblicas se han unido para aplaudir la conducta del Emperador. La bandera representa la nación; la casa de su Enviado es un templo en la política; y hoy por hoy, el águila imperial es el símbolo del poder más incontrastable y la insignia del monarca más poderoso de la tierra. La embajada, el templo santo del derecho de gentes, ha sido violada y profanada por el pueblo; el pabellón, este signo de la majestad del imperio, ha sido roto, pisoteado y quemado. No hay insulto más grave para una nación, ni puede darse acto más irregular en la instable e irasible política. ¿quién hubiera creído que Alemania hubiera tomado ocasión de este ultraje para devolver a los españoles el archipiélago donde sus

marinos habian plantado el águila de Prusia? Dicen los franceses que el Emperador no ha tenido otro móvil para este bondadoso paso atrás, que el miedo de ver derrocada en España la monarquía por la revolución. Puede ser; pero a un hombre violento, a un monarca ciego, ¿qué le hubiera importado la muerte de un pueblo que así se desmandaba con él. En el Emperador de Alemania, ahora, no podemos dejar de ver el león que perdona la vida por grandeza, al que sin miedo, es verdad, le ha disparado locas flechas.

La exasperación de los españoles no ha sido sin causa; si se han propasado en su patriótico enfurecimiento, lejos se hallan de haber atraído sobre ellos la maldición de los que saben lo que es un pueblo para el cual no hay vida sin honor, ni puesto envidiable sin orgullo. Tan digno de censura es el uno de estos dos grandes contendientes, cuando manda a sus flotas apoderarse de tierras de potencia amiga, como ésta cuando corre furiosa a despedazar y quemar el pabellón de la que ella tiene por usurpadora. Mas ved cuan mesutados y prudentes se manifiestan uno y otro gobierno: Alemania devuelve la isla conquistada por un instante, España da satisfacciones de los ultrajes irrogados. Si la cordura del Emperador de Alemania sirviera de ejemplo a los poderosos, muchas guerras se concluyeran antes de ser declaradas, y muchas amarguras se ahorrarán las naciones.

no
España, reina caída, cuyo nombre sale de los labios de ciertos pueblos vanidosos, sin uno como desdén, acaba de dar un rugido que ha llenado de sorpresa al mundo. España, volcán extinguido, puede encenderse de nuevo. La actividad, la fuerza real y efectiva, no existen quizá en España; pero mientras el orgullo nacional, el patriotismo, el valor permanecen dentro de ella, importa poco que duerman por un instante: se despertarán, se moverán, como se despertaron y movieron contra Napo-

león; y verán los poderosos injustos, los conquistadores invencibles, que en Europa hay un límite del cual no pasa la ambición, un escollo donde se rompen las cadenas del mundo. La sacudida que acaba de darse España es un severo recuerdo a los que han dado en tenerla en menos.

El amortajado de Yuste ha movido la cabeza, y el Emperador de Alemania ha visto que en el sepulcro hay siempre algo que respetar y temer. Nadie duda de que España hubiera sucumbido; la superioridad material de Alemania es inmensa; ¿per quién puede vencer a España, sin quedar en inquietud perpetua? Si España pudiera caer en servidumbre, sería ella una esclava terrible; su amo perdería el hambre y el sueño. Ese pueblo tiene guerras de ocho siglos, y echa al mar y al desierto a los hijos de sus señores. Diga Napoleón, ¿de qué le sirvieron allí sus victorias? Según la ley del género humano, ley nunca desmentida, España no volverá a ser la primera de las naciones; sus escuadras no irán llenando los mares a destrozarse las flotas del Gran Turco, ni los ingleses se escaparán de la cólera del rey de España, sino gracias a las tempestades. Cuando un pueblo principia a inclinarse, no hay fuerza mortal que se oponga a su caída. Esta puede ser lenta, puede él ir luchando con los siglos; mas el cetro del mundo, que acaso le perteneció, se le fue de la mano para siempre. España está entre los grandes de la historia; de aquí a cuarenta siglos, asombrará a los sabios su esqueleto de gigante, hallado debajo de los montes. Ya es mucha virtud que después de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, tenga alientos para incorporarse y alzar la voz contra la potencia nueva, que es el terror y la amenaza de Europa. Oh tiempos de Lepanto, ¿en dónde estais? Don Juan de Austria no vive ya; mas los pueblos suelen sacar fuerzas de sus glorias pasadas: ¿quién afirma que, caso de una grande guerra, España no hiciera grandes cosas?

Puede hacer grandes cosas en la guerra, y no sabe hacerlas en paz. Los trescientos años que alega para la reivindicación de la Islas Carolinas, son trescientos artículos de acusación contra ella. Los ingleses no han necesitado tres siglos para hacer de Australia un mundo rival de Europa comercio, industria y riqueza; no han necesitado tres siglos para hacer de la India una nueva Inglaterra, cuna, sin duda, de la gran civilización del Asia en los tiempos venideros. Triste cosa es que, al cabo de trescientos años de propiedad, las demás potencias marítimas hallen los archipiélagos pertenecientes a España perdidos en los mares, y los declaren suyos, por falta de dueño. ¿Irían los marinos españoles ahora a izar el Leon de Castilla en las torres de Calcuta o de Pondichery, y tomar posesión de esos países como de tierras baldías, a nombre del rey de España? En trescientos años, las Carolinas, las Marianas debieran ser grandes, magníficas colonias, que dieran fuerza y respeto a la madre patria. Inglaterra en menos de cien años, tiene en la India cuarenta mil escuelas, y gasta en la instrucción pública veinte millones de francos: ¿cuántas escuelas tiene España en las Carolinas? ¿Cuál es el presupuesto de gastos de instrucción en las Marianas? Cuando los alemanes desembarcaron en la Isla de Yap, no hallaron sombra ni indicio de soberanía de potencia europea; ni la bandera castellana en un peñasco, ni un alcalde de barrio, ni un jendarme en el puerto; y en vano hubiera sido que los oficiales se hubieran puesto a visitar los planes de enseñanza.

Lejos nos hallamos de llevar a mal la exaltación de los españoles; al contrario, esa súbita y grande despertada al orgullo, el patriotismo, el amor de sus fueros, nos llenan de placer, como a hijos de la antigua madre patria. Esto no quita que, hablando en razón, con la entereza y la rectitud que cumple a escritores imparciales, preguntemos:

¿qué ha hecho España en trescientos años en sus posiciones ahora disputadas por los alemanes? ¿Vale la pena de llamarse dueña de dos o tres archipiélagos vastísimos, para no dar señales de vida ni señorío? Gracias a la energía que está desplegandomen esta ocasión, no perderá todo quizá; pero tema ser el perro del hortelano. Donde la actividad del mundo y la necesidad violenta de civilización y progreso impelen a las demás naciones de Europa a l s continentes bárbaros del Africa y el Asia, no es justo que España les salga al pasoa impedir las grandes obras de la vida moderna. Hágalas ella y alegue como títulos de dominio la propagación de las ideas por medio de esos grandiosos instrumentos palpables, que se llaman escuela, colegio, ferrocarril, telégrafo, minas. Ese ruido inmenso que meten por el mundo los librosmy las máquinas, son o deben ser la única escritura válida de propiedad inviolable de un país nueva o antiguamente descubierto. Las cuarenta mil escuelas de los ingleses serian en las Carolinas cuarenta mil bocas de fuego, contra las cuales no se atreverian ni los cañones monstruos de Alemania. La nación que se juzgue dueña de un país lejano, invierta en la instrucción pública veinte millones anualmente, y condecore con el Toison de oro al Profesor Williams y a Miss Mary Carpenter, apóstoles de la civilización, misioneros del cristianismo ilustrado.

Si meditamos un poco en los móviles del Gobierno alemán para esta violacion el derecho de gentes, vemos que la causa que pone por delante es baladí, y no parece la genuina. Por cubrir con su bandera el tráfico de cuatro mercachifles hamburgueses, no habia de ir súbitamente a herir en el orgullo deun pueblo amigo, con manifiesta violación de las leyes que rigen a las naciones. ¿Cuáles serán el fin y objeto del principe de Bismarck en esta aventura? Quien sabe si ese hombre de doble vista, ese zahorí, como hubieramos dichomen tiempo de brujas y he-

chiceros; quién sabe si, rompiendo las entrañas de la tierra, con sus ojos de magico y cabalista, no ha descubierto riquezas, grandes riquezas, riquezas inmensas, en esas tristes y pobres islas del Pacífico? El telegrafo anda ya con estos chichisbeos, bajo la fe de la correspondencia privada, aun cuando la prensa no se ha apoderado todavía de este secreto. La suavidad, la payesa del Canciller en este asunto, son del todo inusitadas; y es de var la maña con que, cediendo en lo secundario, no renuncia a lo principal: admite las satisfacciones del Gobierno del rey Alfonso; en cuanto a la discusión respecto de los títulos que puede presentar España, se mantiene en sus trece.

Cabe rectificar aquí, en cierto modo, nuestro parecer, tocante a la moderación y mansedumbre del imperio. No hay duda en que ni la ambición desaforada ni la sangre están en la índole del viejo Guillermo: guerras ha evitado en estos últimos tiempos, y miserias públicas ha conjurado. ¿Pero la benevolencia personal del Emperador es el único móvil de este comedimiento con el cual Alemania está llamando a la atención de las naciones? No: España, sobre su audacia caballeresca, su indomitez, su tezón, sus medios propios de defensa, tiene una arma terrible contra Alemania. Como prudente, como advertida por casualidad, no firmó el convenio por el cual las demás naciones abolieron el corso. Dos o tres Estados en Europa; los Estados Unidos, Chile y Venezuela, en América, fueron en esa ocasión tan cuerdos como España. El corso, arbitrio de los que poco pueden, quedó para su consuelo en amarguras como la presente. Alemania tiembla este modo de hacer la guerra: da España patentes de corso, sale de los Estados Unidos una nube de corsarios, y destruye el comercio alemán en todos los mares de la tierra. Justo es que el vencedor de los franceses, el inflexible Bismarck, se manifieste tan aveni-

deron con los españoles. Las naciones que tienen en las manos el comercio del mundo, como Inglaterra, Francia, Alemania, hicieron bien de abolir el corso por su parte; las que no tienen otras armas, obraron como sabias en negarse a firmar el convenio de abolición. Ciertas repúblicas de Sud-América que se metieron en ^{la} camisa de once varas de firmar lo que firmaban Francia, Alemania e Inglaterra, no saben lo que han hecho. En estos casos, si alguien nos debe servir de guía, son los Estados Unidos; si a alguien debemos rabiarnos, es a ellos. ¿Qué haría la República del Ecuador, verbigracia, signataria del tratado de abolición del corso, si Alemania le diera la gana de ir a plantar su pabellón en el archipiélago de Galápagos? Implorar naturalmente la intervención y la protección de la América del Norte; al paso que, si no hubiera renunciado la facultad de expedir patentes de corso, por su propio derecho hubiera obtenido lo mismo que ahora no obtendría sino por favor, y con peligro inminente de pagar a precios locos los gastos de la función.

El asunto diplomático de las Carolinas tiene un aspecto obscuro y misterioso. Nada hace Bismarck sino con segunda intención, y cuando empuña la mazorca, no la afloja fácilmente. Los Estados Unidos no hubieran movido un dedo por la California, antes del descubrimiento de los montones de oro que yacían debajo de la tierra. ¿Será éste el caso de las Carolinas? En Inglaterra anda ya este ruido despertando la codicia; si ello tiene fundamento, lo veremos. A España no ha llegado quizás este precioso chisme: queda, pues, en su favor la consideración de que no son los venteros de las Carolinas los que han excitado la furia bélica que les está dando importancia en el mundo de las armas. Los señores Armstrong y Remington son al presente partidarios ciegos de los españoles. Defiendan y conserven los hijos del ^{cielo} ~~cielo~~ que les corresponde en los ámbitos del mundo, mas no olviden que el siglo décimo n

no extra de ellos, aunque no espere con mucha confianza, el millón de arboles de Cacarilla de Ceylán y las cuarenta mil escuelas de la India. Ellos sacaron siete millones de duros del Potosí. Inviertan siete millones de reales en la instrucción pública en las Carolinas, y Alemania no les pedirá sus títulos de propiedad, ni se verán en el arduo trance de expedir patentes de corso y declarar campos de batalla los mares de la tierra.

Juan MONTALVO.

(I) Los primeros escritores españoles calificaron a Montalvo, en los términos siguientes: D. Gaspar Núñez de Arce, dijo: "La obra de Montalvo, (los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes"), merece puesto preferente y conspicuo en la literatura española de ambos hemisferios. Es un libro escrito en la prosa más elegante, noble, pura y numerosa que se ha compuesto en el siglo XIX".

D. Juan Valera dijo: "Tal es la amplitud de la mente de Juan Montalvo, que ha penetrado en ella, sin confusión y con holgura y orden, todo el saber de Europa, desde los tiempos de la clásica civilización greco-latina, hasta el día de hoy; y tal es la primorosa capacidad de su rico, pintoresco y brillante lenguaje, que por su medio trasmite y expresa cuanto sabe: filosofía, religión, literatura, bellas artes, poniendo en todo, antes de expresarlo, el sello principal y característico de su propia persona."

D. Luis Carreras dijo: "Montalvo es hoy en día el primero de los prosistas agraciados de todas las tierras donde se habla español". Y en otro lugar: "Montalvo es uno de los primeros moralistas de este siglo y de cualquier otro que se quiera."

Para una nota, bastan estas citas. No es necesario decir que en la América Española no tiene todavía rival.

El siguiente artículo se imprime por primera vez, y ha yacido entre sus manuscritos. Es un homenaje a la patria de sus antecesores, a la valerosa España.

M

Urcu, Sacha.-(~~Ib. Ib. Ib.~~)

Marte.(Hay que comparar con "La Flor de las Ciencias": "El Espectador"

N.º II.

España.-(Inédito)

Cosas de España.-(Inédito)

M

Los Catalanes y Aragoneses en Oriente.-(~~Orientales~~) (Inédito)

Fragmento sin título.(1858.-Inédito)

Escenas nocturnas.-(~~Inédito~~) La casa del Duende.-(Inédito)

Del Orgullo y de la Mendicidad.-(Inédito)

Filología.-Lo que entendemos por Fregar y Fregarse en Quito, Bogotá, Lima y otras capitales de América.-(Es repetición de "Caracteres de la raza española, aclimatada en Quito") Inédito.

M

Hombre práctico, Mujer práctica.-(Inédito)

Escenas nocturnas.-(~~Inédito~~) La rústica Desdémona.-(Inédito)

Extravagancias de la fiebre.-(Inédito) La rústica Desdémona.

Colonias y Colonizadores.-(Inédito)

Qué es lo que entienden por une soie los franceses. (Inédito)

Fácil y curiosa manera de volverse rico.-(Inédito)

Cuantos fantásticos.-(Inédito)

Filología.-Croquis.-(Inédito)

Filología.-Hotel.-(Inédito)

M

Poesía de la Historia.-Safira. *con Hoj*

El nuevo salto de Leucades. (Es otra repetición de "Lo que entendemos por Fregar y Fregarse. (Inédito) Algo está impreso en "El Espectador", T. II, con el título de Indumentaria)

Discurso pronunciado por Montalvo en Guayaquil, por honrar la memoria de los sacrificados en Galte y Los Molinos. El meeting se verificó en la noche del 19 de Abril de 1877. Montalvo fue Presidente de él.

Caracteres de la raza española aclimatada en Quito.

En las ciudades interiores de España he visto ciertos hidalgos chapados á la anti-
gua, que me han reducido á la memoria nues-
tros viejos de capa larga, sombrero de copa,
sifro frito, por lo ménos pasado en aceite de
cristiano; corbata de dos vueltas y chaleco hasta
las ingles, que con santa paciencia cruzan la pla-
za de Santo Domingo á revestir la túnica
de la cofradía á que pertenecen, ó entran á
la Capilla Mayor en busca de su acostumbra-
da escuela de Cristo. En Sevilla principal-
mente habrá topado el viajero mañana y
tarde con estos venerables patriarcas de la cruz,
^{cuando están van} ~~cuando~~ ora á misa, ora á la distribución de la
tarde, sin más diferencia de los nuestros, sino
que el sombrero de copa frito ~~en manteca de~~
gente, no es sombrero en los andaluces, ^{mas antes} ~~es~~ una
rosca descomunada de paño ó de terciopelo, que se
la plantan á modo de corona, supuesto que no
hay español que no sea un rey por el meneo
y la prosopopeya. Don Quijote de la Man-
cha pasando de sus habitaciones al comedor de
la duquesa, alto, grave, ~~con aire de~~
bajo de su manton de escarlata, es la viva imá-
gen del español antiguo. Y de la antigüedad
mucho les queda á nuestros buenos padres, que

2
si se se echan á cuffas la chamberga colorada, es
por que van á la vanguardia de la civilización. No
hay duda, por lo menos, en que ellos así se la tie-
nen creído. Nuestros hidalgos no son de los de
lanza en astillero, rocín flaco y galgo corredor, es
cierto; ni se ponen calzas de gamuza los días or-
dinarios, dejando para los domingos el atacarse
las de belludo; no cenar salpicón, no tienen
ama ni sobrina; pero el pantalón de tapa no
les quitará ni otra guerra de independencia; y
no fueran ellos si no rezaran el rosario una
noche, y no tomaran su infusión de chocolate
desmenuzando el queso con los dedos. Yo me soy
uno que tengo raro apego á las cosas antiguas,
sin que de ninguna manera me oponga á las
modernas. Digo solamente que en las costum-
bres de los tiempos transcurridos hay cierto res-
ta de ~~prudencia~~ y felicidad inexplicables, que
bien quisiera volverlo arenidero con los descu-
brimientos y usos del día. La destrucción de las
costumbres inocentes son irrupciones bárbaras en
la antigüedad: abolir una costumbre ni mala
ni perjudicial, es arrancarle páginas preciosas
á la historia. Estos majaderos progresistas que
derriban un árbol centenario, árbol ilustre, ár-
bol santo por la edad y la experiencia; obra
hermosa del tiempo, depósito de poesía, pala-
cio de las aves, amor del viento; edificio mis-
terioso y sagrado donde los genios de la noche
están haciendo sombra á medio día; los que
derriban un árbol de éstos, digo, para sem-
brar coles francesas, coles de moda, tienen
bien merecida la horca. Por mi voto, dense